

Presencia y ausencia de una revista de poesía

A José Rodríguez Feo, que supo de revistas

SI, SEGÚN SE DICE, LA POESÍA SE REALIZA SIEMPRE EN EL tiempo, hablar de la poesía sería también hacerlo del tiempo. El tiempo que consolida o desploma tanto la ausencia como la presencia. Y estas líneas muestran desde el inicio un interés de ascua arrimada a la sardina propia. Hoguera de un puñado de gente de poesía que no quiere, ni aún ahora, cejar en su empeño. Cuando Pablo Armando Fernández en su «Tango de 1930» afirma en un exergo cómplice *Todos nacimos por los años treinta* no solo hace un uso exclusivo y excluyente de ese sujeto —quien no nació por los años treinta no forma parte del todo, no es uno de ese nosotros implícito— sino que denota el sentido temporal que ha de avanzar o retroceder. Y así sucede, y ya en el mismo poema se declara, nítidamente referido al cada uno que integra el todo, que ante las sollicitaciones diversas que lo acechan algo sucede: *Pero no te seducen; no quieres ser el héroe ni el villano.*

Extraña afirmación para quienes a lo largo de este tiempo que hoy sabemos que nos convoca y nos consume quisieron muchas veces ser héroes y resultaron villanos. O al menos así fueron considerados.

Estos hombres, prácticamente no existían mujeres en el quehacer poético que los unía, se encuentran con un antecedente revisteril que en aquellos últimos años enriquecía la poética, la posibilidad, la decantación de la palabra, desde *Verbum*, *Espuela de plata*, *Nadie parecía*, *Clavileño y Poeta* y va a culminar en la legendaria *Orígenes*. *Ciclón* no era en realidad una revista de poesía, aunque no dejaban de aparecer textos poéticos en ella. Pero estas publicaciones periódicas no pertenecían a esos que habíamos nacido por los años treinta. Independientemente de la precocidad y la maña de algunos, era como asistir a fiesta, al menos por entonces, ajena. Mero añadido. En 1959, al triunfo de la revolución cubana, esta generación en ciernes no había

César López

tenido órgano de expresión propio... nunca lo tendría. Más tarde, 1966, los entonces más nuevos y más jóvenes poetas se agrupan en *El caimán barbudo*, con lo cual se establece un puente o un vacío y los creadores aludidos en la cita del tango de 1930 se quedan en medio, entre los viejos maestros y los intrépidos asaltantes del verso. Aunque, no se puede negar, fueran muy diligentes y casi regidores de la actividad más intensa del país. Polémica. Desconcierto. Pero sin revistas, casi sin antologías. Imprecisos hasta en la denominación que debíamos asumir para, además, señalarlos y diferenciarlos.

Hoy cuando los integrantes de ese supuesto grupo rondan los sesenta años de edad se puede considerar con cierta nostalgia la ausencia de una revista, al menos una. Sola, solita para la poesía, sus poetas, sus lectores. Tal vez nosotros mismos.

La muerte, el exilio, la aferrada permanencia en la isla, marcan, trabajan y también desgastan a estos poetas, quienes más que un paradigma generacional constituyen un antimodelo de desperdigamiento sintagmático.

Entonces se inventa, poéticamente, una revista. La presencia de la ausencia. Repaso, recuento, reconsideración. Leve homenaje a voces que persisten, insisten y resisten.

Como aquella película inglesa de los años cincuenta, *El hombre que nunca existió*, aquí se trata de la revista que nunca existió... y por lo tanto sería hartamente pedantesco y poética, y hasta físicamente peligroso otorgarle un nombre, bautizarla. Dejémosla así. En el tiempo impreciso de estas vidas, de estas letras, de este desasosiego.

Sin embargo, no es posible escapar a cierta tentación un tanto teorizante, aunque sea más bien como propuesta investigativa de la enteléquica revista. Ludwig Wittgenstein mediante, se construye un pórtico: «Was sich überhaupt sagen lässt, lässt sich klar sagen; und wovon man nicht reden kann, darüber muss man schweigen» (Todo aquello que puede ser dicho, puede decirse con claridad; y de lo que no se puede hablar, mejor es callarse).

Elegante postulado, capcioso, y que complica más la situación de estos poetas que por muchos han sido considerados, reconsiderados y recontraconsiderados, como conversacionalistas, coloquialistas: *fue más directo que un objeto* dijo el poeta Heberto Padilla. ¿Lo dijo de sí mismo? ¿Lo dijo de todos nosotros? Nunca se sabe. Hasta la misma claridad invocada por el lógico y filósofo alemán arroja sombra de dudas. Sin olvidar que en tiempos ya de fábula José Lezama Lima disertaba sobre lo claro y lo oscuro con deleitosa imprecisión. El buey que echaba vaho un día en la niñez de Rubén Darío no es más claro que el canario amarillo de Martí que tiene el ojo tan negro en el que pensaban concordes el poeta y el escolar sencillo.

La revista no discute, no es ésa su misión; poetiza, expone y, como se ha ido edificando, con la obra del tiempo, de los ciclones, del diálogo y de las desavenencias, puede ser contradictoria y nada programática.

«La hora de la verdad puede ser esta misma / (yo declaro solemnemente que esta hora en que escribo es también la hora de la verdad). Mis amigos se quedaron para siempre: fieles a nuestras piedras, / fieles a nuestras guásimas».

Es Fayad Jamís, que insiste en el mismo poema: «No es aquí el caso de reír, hermanos, dijo el pobre Francisco, aquel poeta un poco medieval que se perdió en el laberinto. Estoy recordando a los amigos, / uno a uno me dan el santo y seña, los vivos y los muertos...».

El santo y seña de la muerte y de la vida. Hoy Fayad Jamís está muerto, pero el poeta un poco medieval, Francisco de Oraá, el del laberinto, si se pierde y se encuentra y prevé, presupone, preconiza la muerte y la poesía. Y se atreve en la estirpe del soneto. «El muro abriste al enemigo oscuro / y se ha metido el hambre de la oscura: Todo / arderá en la noche que más dura, / fuego se hará con el rencor más duro. // Serán los ojos un quemado muro / y la memoria al fin hueca blancura. / Sólo el fuego será persona pura / solamente la muerte lugar puro. // Arderá la locura de la hoguera / cuanto quemó con noche la locura; / y el corazón que con más furia ardiera // acabará en un frío cenecero. / Será el amor la roja quemadura / y la noche el cerrado quemadero». El guiño quedesco, que tiene un pase tangencial a Nicolás Guillén en la quemadura amorosa, podría ser correspondido, explícitamente, en el «Convite de Don Francisco de Quevedo» de Díaz Martínez: «El señor don Francisco de Quevedo invita, / sacando el cráneo del sombrero, / esta noche para holgar difuntos». Y más adelante, tal vez para la misma página de esta revista impúdica, en el mismo poema, como adelantándose al tiempo programado, vaticina el poeta: «hemos estado largo tiempo solo / a punto de irnos a los dientes / y al fin hemos venido a dar la fiesta». Así que la conversación no era solo con Quevedo, así que Manuel Díaz Martínez se refería, o leemos nosotros, a todos... una fiesta final que avanza y retrocede en el tiempo del poema, de la poesía, de la ponencia que quiere ser revista. Este poema está dedicado a Luis Marré, presente hoy y aquí, el mismo que quiso abrir los ojos en el fresco y subraya: «Ya otro / ocupa mi lugar sin preguntar por mí». Sabiduría temprana de lo porvenir, de las batallas y escaramuzas. Pero nada de eso importa demasiado si como dice el poeta Baragaño «todo está condenado y perseguido. / Como tu valentía sostenida por la palabra». Se podría objetar, pero hubo un aviso previo para que no se asustaran los paseantes, lo contradictorio de los fragmentos seleccionados o movidos casi al anterior y lezamiano ritmo del azar concurrente que brinda la mezcla, la combinación, el contrapunto individualizado en lo que se disfraza de colectividad. Rolando Escardó, el iniciador de la muerte, iniciático, intuitivo y vallejiano sabía LO QUE ES EL CENTRO // «...pero me coge la razón; desprevenido me sacude el instante, / y yo no quiero ser lo que ahora soy, / pues lo pasado tiene su forma en el presente, / vive el temor constante; / lo primero pasado, sucede en el presente / y tengo miedo».

José Martí, tan ígneo y decidido, un siglo antes lo había revelado en un verso que muchos, amañadamente, no quieren recordar: «Yo soy honrado y tengo miedo».

Antón Arrufat, distante y comedido, transforma el miedo, como todos, en algo distinto, ha dicho que venera a otros dioses, pero no teme confesar, confesarnos, «Envidié al poeta entre sus libros, / solo en la casa cuidando las abejas, / que viajaba sin salir de su cama. / Pero no todos tenemos buena suerte».

No obstante lo dicho, o quizá como consecuencia o causa de lo dicho, sugerencias enlazadas, Raúl Luis delimita la propuesta: «Con los objetos eternamente prohibidos / inventas la leyenda». Y permanece tan tranquilo en su confianza vacilante porque «El que buscó en el sueño la figura / de otro sueño (el futuro) gravemente, / descubre que su sueño fue el presente / o el sueño del pasado que perdura».

Éste acontece, ha sucedido, continúa siendo «en el aire del año agonizante / asaltó la mirada, su cautivo / memorial de ventura deslumbrante». Como lo ha dejado dicho Pedro de Oraá. Son estos conversadores, susurrantes a veces, otras con el estrépito del desgarramiento mantenido, quienes condicionan «las cosas de la vida; / si en la retórica de lo cotidiano, / donde te sumerges al modo de un agua metafísica» en la voz afirmativa de Roberto Branly que conforma su contrapartida de espejos ante Rafael Alcides, quien rememora «Como dijo Darío con tristeza: ‘¿Fue juventud la mía?’ / Si por jóvenes entendemos ser haber sido felices, / yo entonces he sido joven ahora por primera vez. / Y de esa manera; / yo, el extraviado de otro tiempo / me siento como quien regresa adonde nunca había estado / pero donde sin duda faltaba...».

Después de semejante tirada lírica, metafísica, confesional, es solo fatal, obligatorio, escuchar, leer en las páginas revueltas de esta revista delirante las palabras de Roberto Fernández Retamar: «Y, desde luego, no queremos (y bien sabemos que no recibiremos) piedad ni perdón ni conmiseración, / quizá ni siquiera comprensión... la historia no es para eso, / sino para vivirla cada quien del todo, sin resquicios si es posible / (con amor sí, porque es probable que sea lo único verdadero)».

«Nada fue tan difícil / como trastear las entrañas / De nuestra época». ¡Ah, Luis Suardíaz, tal vez sea cierto y «Haber vivido debe de ser un gran recuerdo!». Pero el contraste, el complemento acaso, lo fija Armando Álvarez Bravo. «Lo más terrible es este azoro». Desconcierto ante los que «se afanan / en descubrir el mal, para ahuyentarlo / del inocente gremio de la gleba. Diseccionan el texto / para extirpar las sílabas malignas». Aclara Pablo Armando Fernández.

Pausa, a cada cual su parte; «Escucha: la dicha puede renacer. / El goce vacila, se alza; de pronto reaparece. / Las lámparas iluminan / una zona de guerra y otra zona de paz. / La flor espera en su tallo el tiempo que la rija. / Tus propios instantes / deciden tu temblorosa eternidad. / A mí no me fue dado el tiempo del amor...», ha pontificado Heberto Padilla.

El tiempo, el fluir del mismo río, «vive la tranquilidad en cada instante» de José Triana. Y no es demasiado sorprendente que luego venga el *Manifiesto* de Domingo Alfonso: «Para nosotros el poema / no es ni siquiera literatura; / un poema sangra, suda, dice malas palabras: / es un pedazo de mí mismo, / una vieja que apesta, una mala función de circo, una cosa con frecuencia desagradable / que choca a los señores del jurado...».

Severo Sarduy, que conoce tan bien de dónde son los cantantes, apuntó y subrayó las islas: «Éstos son los paisajes que nos han vigilado» entrevió «los dioses pequeños dibujando distintos universos en torno al centro de la nada, otros planeando las palabras». Y como tenía la convicción que lo abrasaba fue

a dar con los pájaros a la playa cuando previó su ángel: «Voy a crearte ahora para que cuando muera, / perdures implacable vigilando la nada».

Volvamos al inicio. Si la poesía se realiza en el tiempo, según se dice, hablar de la poesía sería también hacerlo del tiempo. Y el tiempo, pues, es la poesía; y el poema, su grabación, su marca, no importa si en la piedra o si en el aire. Los nombres podrían intercambiarse. En un principio, en el comienzo de este texto hilvanado desde la memoria y los viejos o recientes libros y papelería, la revista se iba a componer de catorce bardos, ridícula palabreja, pero hubiera sido injusto y hubiera hecho falta un prolongado estrambote para no traicionar la cifra del soneto. Y surgieron veinte elegibles, para duplicar no solo aquel ya clásico florilegio que con anterioridad compilara Cintio Vitier en *Diez poetas cubanos* en 1948, sino también para recordar, ya sea simbólicamente, diez y diez, la estrofa predilecta de los campesinos cubanos. Décima y décima.

Y para que se mantengan en la memoria los que estaban antes, desde la humildad fundadora del *Espejo de paciencia* hasta los dilectos y más recientes señores de la poesía inmediatamente anterior a nosotros, todos los que nacimos por los años treinta. De este siglo que acaba de terminar, claro está; pues del anterior nos acompañan Heredia, Zenea, Plácido, Martí, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Milanés, Luaces, Luis Pérez de Zambrana, Julia Pérez de Montes de Oca, Juana Borrero y Julián del Casal. Y esos padrecitos y madrecitas de la república, entrañables, alabados, alzados o denostados en su quehacer perpetuo y perpetrado: José Manuel Poveda, Regino Boti, Agustín Acosta, Ballagas, Mariano Brull, Eugenio Florit, Regino Pedroso, J. Z. Tallet, María Villar Buceta, Pita Rodríguez, Navarro Luna, Nicolás Guillén, Dulce María Loynaz... Sin ellos no se hubiera podido siquiera intentar esta revista imposible y a la vez posible, ya atemporal en su propio tiempo enemistado. Los mismos que allanaron el camino a los de *Orígenes*. Cómo entonces silenciar a José Lezama Lima, Gastón Baquero, Virgilio Piñera, Eliseo Diego, Fina García Marruz, Cintio Vitier, y sus compañeros de aventura, el padre Gaztelu, Octavio Smith, Justo Rodríguez Santos y Lorenzo García Vega. No importa que no tuviéramos revista propia si ahora las más jóvenes voces, vigorosas y también desenfadas nos sostienen, alientan y combaten. Como parece que también debe ser.

El tiempo, la palabra, el silencio, el vacío y la plenitud han potenciado este recuerdo. Esta presencia y esta ausencia revisteriles.

Hay que terminar, confieso y queda, tal vez, una pequeña brecha, un sitio reservado entre todos los que nacimos por los años treinta. Y como el autor circunstancial de esta ponencia no peca de modestia, falsa o verdadera, y además hay que cumplimentar el programa pitagórico de los veinte, las dos décimas, la isla se ensancha más allá del traicionero mar, la plataforma insular que osa nombrar la fiesta innombrable y lezamiana, César López se incluye y cierra, provisional y provisoriamente la revista:

«Como si fuera en verdad el que regresa, el que lucha / con el olvido y la memoria, y arrodillado, casi en silencio, / repite las palabras. —Pero es que soy en realidad el que regresa, el que lucha / con el olvido y la memoria, y arrodillado, casi en silencio repite las palabras».